



Los pueblos coloniales de México

El punto de reunión del grupo fue en el Restaurante Brasserie, justo a la entrada de la Zona Piel de León (estado de Guanajuato). Este lugar es famoso en todo el país por la producción y venta de artículos de piel: botas, polainas, chaparreras, chaquetas etc. Mientras esperábamos al resto de los jinetes, empezaron a caer en la mesa las primeras bebidas y los primeros platos de cecina, cabrito, pollo y res, al compás de las rancheras y corridos que interpretaba un grupo de mariachis. Fue entonces cuando llegó Ángel, nuestro guía en Méjico, con el resto del grupo de la expedición.

Salimos en dirección a Guanajuato, ciudad que es Patrimonio de la Humanidad y donde se encontraba nuestro alojamiento: el hotel Abadía. Por la noche cenamos en la plaza central de Guanajuato, un lugar bonito con mucha gente y que estaba muy animado aquellos días. En la terraza del restaurante, los mariachis trataban de calentar el ambiente de una noche fría, como corresponde a una ciudad a más de 2.000 metros de altitud.

Al día siguiente se había programado un city-tour con un guía especializado. Guanajuato es, desde luego, una ciudad bellísima con una intensa actividad cultural y un patrimonio histórico-artístico muy importante. El guía nos explicaba los acontecimientos más relevantes que se sucedieron en la insurgencia que llevó a la independencia de México y de la que se cumplía entonces su bicentenario.

Tras el almuerzo nos trasladamos al centro ecuestre donde se encontraban los caballos y los ayudantes de Ángel: Miguel, el chofer, Alfredo (Fello) y Ulises, jinetes consumados que iban a acompañarnos. Después de probar y asignar a cada uno los caballos, se nos ofreció un cóctel de bienvenida, tras el cual regresamos al hotel.

Al día siguiente, tras hacernos con algunos sombreros y camisas charras, salimos con los caballos en dirección a Santa Rosa de Lima. La parada para el almuerzo fue en Las Minas de San Nicolás. Ángel nos había preparado un buen almuerzo, con ensaladas y pinchos de carne asada. Continuamos después el ascenso a caballo has-

Ruta de la Independencia

El legado colonial que tiene México en lugares como Guanajuato, Dolores Hidalgo, San Miguel Allende... procura un viaje encantador para hacer a caballo. Mezcla de culturas y tradición indígena, merece la pena recorrer con nuestras monturas los caminos que unen estos referentes de la independencia mexicana.





1. Después de hacernos con algunos sombreros y camisas charras, salimos con los caballos en dirección a Santa Rosa de Lima.

2. A caballo nos acompañó en todo momento Ángel, junto con Alfredo y Ulises, jinetes consumados.

3. Tras pasar al lado de un puente destruido por la Revolución Mexicana, empezamos a atravesar fértiles campos de labor, a orillas del río con la luz del atardecer.

4. Tuvimos la oportunidad de visitar varias ciudades y alojarnos en auténticas haciendas con todas las comodidades.

ta llegar a Santa Rosa de Lima. Este pueblo, de alta montaña, muy rústico y de poco más de mil habitantes, cuenta con una altitud de 2.550 metros, siendo el punto más alto de nuestra expedición. Dejamos los caballos en un campo al lado de la fonda donde nos alojamos. En el modesto restaurante donde cenamos, pasamos una de nuestras noches más divertidas y familiares bien amenizada con tequila y cervezas.

El despertar a las 6 de la mañana del día siguiente no fue fácil, si bien todos sabíamos que no quedaba otro remedio, ya que nos esperaba la jornada más larga: 8 horas a caballo camino de Dolores Hidalgo.

Tras un buen desayuno, descendimos con frío de sierra matinal por una pista de tierra durante cerca de dos horas. Al terminar el descenso, la pista se fue haciendo más y más dura para los caballos: si el suelo no era de roca, era de canto rodado. Por semejante terreno cabalgamos otras tres horas hasta llegar a Los Quiotes, donde decidimos hacer el picnic, sentados en el suelo, al lado de nuestros caballos.

Cambio de paisaje

El paisaje al reemprender nuestra marcha cambió poco a poco y de forma radical, haciéndose más pacífico, menos agresivo y más bello.

Llegamos a las proximidades de Dolores Hidalgo sobre las seis de la tarde. Tras dejar a los caballos en el recinto de una vieja hacienda, Miguel, el chofer, nos condujo al hotel, ubicado en el centro de esta bella e histórica ciudad.

Dolores Hidalgo es cuna de la Independencia de México, y lugar donde el cura Hidalgo dio el famoso Grito de Dolores, que dio inicio a la insurgencia. La cena fue en El Carruaje, uno de los restaurantes más bellos del recorrido, ubicado en un típico patio.

Por la mañana, después de visitar la plaza principal, nos trasladamos de nuevo a la hacienda en busca de los caballos. Iniciamos la marcha hacia la ciudad, que atravesamos por uno de sus extremos. Una vez en las afueras, tomamos la pista que nos condujo a la Hacienda la Erre, lugar histórico donde el Padre Hidalgo celebró la primera misa a los insurgentes. Poco después llegamos a un pequeño pobla-

do, donde nos detuvimos a tomar algo.

Emprendimos el camino tras haber saciado nuestra sed, hasta un lugar en el que había que atravesar una presa. Allí se produjo una de las anécdotas del viaje, al tumbarse uno de los caballos en el agua, dando un buen remojón a su jinete.

Continuamos nuestra cabalgata en dirección a Atotonilco, bajo un sol placentero y por unos paisajes realmente bellos, poblados de cactus. Se nos había hecho tarde y aunque disfrutamos del paisaje con la luz del atardecer, tuvimos que tomar el picnic cerca de las seis, con los caballos en la mano. Llegamos a Atotonilco sobre las siete y media. Nuestro alojamiento no podía ser mejor: el Hotel Hidalgo, una hacienda de nueva construcción con buenas habitaciones dispuestas alrededor de una piscina de agua termal a 38 grados. Los caballos se quedaron en un campo, justo enfrente de hotel.

El último día

Al día siguiente iniciamos nuestra última jornada a caballo, recorriendo el pueblo por su ca-

lle principal y pasando justo enfrente de su famoso Santuario.

El camino a San Miguel de Allende fue, como los anteriores días, haciéndose más bello según avanzaban las horas. Almorzamos a la orilla del Río Laja, atando los caballos en una arboleda, donde los jinetes disfrutaron de una breve siesta antes de reemprender la marcha.

Las horas que nos quedaban a caballo fueron de las más bellas de todo el recorrido: después de pasar al lado de un puente destruido por la Revolución Mexicana, empezamos a atravesar fértiles campos de labor, a orillas del río con la luz del atardecer. A la entrada a San Miguel nos despedimos de los caballos y, al momento, llegó el camión que debía de llevarlos de regreso a Guanajuato.

Ángel nos acompañó al Hotel Casa Morena, de igual belleza y del mismo propietario que el de la noche anterior. El lugar elegido para la despedida fue un magnífico restaurante llamado Pueblo Viejo, amenizado por un grupo de música latinoamericana y ubicado en un viejo patio, en el centro histórico de la ciudad.

Al día siguiente, después de desayunar en una terraza enfrente de la catedral, tuvimos la suerte de disponer de unas horas para visitar esta hermosa ciudad, declarada Monumento Nacional y Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

Al conmemorarse, junto al Bicentenario de la Independencia, el Centenario de la Revolución Mexicana, pudimos asistir a un desfile infantil en el que los niños iban disfrazados como los héroes de la revolución, con armas de juguete y trajes de la época, anchos sombreros mejicanos y poblados bigotes, como los de Pancho Villa y Emiliano Zapata.

Salimos de San Miguel a las cuatro de la tarde, camino de México D.F., considerada la tercera ciudad más poblada del mundo con sus casi 24 millones de habitantes.

En un moderno y enorme hotel al lado del aeropuerto de esta inmensa urbe, se empezaron a esfumar nuestras ilusiones de continuar galopando por los bellos escenarios de la historia colonial de México. ■

TEXTO: RAFAEL BELMONTE

FOTOS: ÁNGEL GARCÍA Y RAFAEL BELMONTE

MÁS INFORMACIÓN:

Tfnos. 958 763 135 / 679 443 398
www.ridingandalucia.com